

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores:— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I.

Santiago, Junio 11 de 1859.

Núm. 4.

LA SEMANA.

SANTIAGO, JUNIO 11 DE 1859.

Juicios europeos de un escritor americano.

Una imprenta de Paris acaba de dar a luz un libro interesante que lleva por titulo: *Ensayo sobre el gobierno en Europa, por A. Montt*. La materia de este libro es europea, su autor americano. Aunque en otro orden, los hijos del Viejo Mundo hacen frecuentemente algo parecido a esto: toman de nosotros las materias primeras i las transforman en sus manufacturas.

Es sin duda conocido para muchos de mis lectores el nombre de don Ambrosio Montt, redactor del *Mercurio*, como fue hace algunos años, su corresponsal despues desde Europa, i colaborador de varias publicaciones periódicas ántes de ser redactor i corresponsal.

Fruto parece que es el libro citado de las detenidas observaciones que ha tenido su autor ocasion i voluntad de acopiar, en cinco años de viajes por Europa i de residencia en sus centros mas populosos i activos.

«El equilibrio, o sea la unidad de la espada, el cristianismo, la unidad de la fé, i la opinion, la unidad del criterio i de las costumbres: tales son las tres bases sobre las cuales descansa ese admirable monumento que se llama civilizacion o *unidad de la Europa.*» Son estas las palabras con que termina el autor la primera parte de su libro, presentando así en compendio un enigma curioso i sorprendente, que las ideas i razonamientos de que va precedido no descifran sino a medias. En verdad que la coaccion de la espada, el imperio de la fé i la influencia de la opinion son tres ele-

mentos poco homogéneos, que constituyen otros tantos poderes mal dispuestos a avenirse entre sí. De suerte que, a pesar de la pródiga amplitud de significacion que el autor les concede, su enlace no es afortunado, i el concierto que resulta, si puede llamarse un monumento admirable, nunca podrá serlo a lo menos por su duracion. No es preciso ser mui medroso para temer por la civilizacion de la Europa cimentada en tales apoyos; pero, es fuerza estar mui deseoso de ver, para contemplar su unidad en la existencia simultánea de tres entidades que, si no son enemigas, no se dan tampoco la mano.

La segunda i tambien última parte del *Ensayo* analiza los ajentes de la civilizacion europea, que la índole de las razas preponderantes clasifica naturalmente en dos grandes secciones: los Latinos i los Anglo-Sajones. Personifica la Inglaterra de un modo esclusivo la influencia anglo-sajona i la Francia representa hoi la influencia latina, que empieza a sentirse débil i fatigada i vé un rival poderoso, i usurpador en la enérgica accion de la primera, mucho mas jóven i de consiguiente mucho mas fuerte que ella. La una declina de su apojeio, adonde va a tocar la otra.

Sobre esta trama ha tejido el autor su obra con tino i habilidad. Leyéndola se echa de ver sin trabajo, que es un escritor de mundo, lleno de sagacidad i buena crianza. No se afana mucho por mantener la nacionalidad del idioma, usa de él con soltura i gracia, i así comunica a su estilo facilidad i movimiento. Jamas se da prisa a resolver la cuestion, fija el punto de partida, se pone en marcha i llega al fin deseado con segura tranquilidad; sin que el lector, por su parte, haya recordado muchas veces el camino andado, ni asustádose

sino observar a la humanidad en su historia para conocer que anda. Sin tener la fé de Galileo, se puede responder a los que la condenan al reposo: *E pur si muove.*

¿Quién negará que la práctica i la experiencia son útiles i positivas, asibles i provechosos sus resultados? pero no llevan en su seno toda la existencia ni, mucho ménos, son todo el código de sus leyes. La costumbre ha sido proscrita de la lejislacion moderna mas perfeccionada, los hechos son fugaces i transitorios i el mundo moderno por fortuna no tiene que sufrir el yugo de una nueva lei, que seria tan ciega, tan absurda como la del mundo pagano cuando dijo (mis lectores me perdonarán esta nueva cita latina:)

Fata volentem ducunt, nolentem trahunt.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

De los trabajos literarios en Chile.

Tiempo es ya de establecer en este mundo la dignidad de los talentos secundarios.

EJENIO PELLETAN, *Horas de trabajo.*

Las bellas palabras que por epígrafa de este artículo hemos tomado, deben ser la divisa de todos en la difícil carrera de las letras. Sí, ya es tiempo de reconocer que es digno de aprecio para todo el que aspira al bien de la humanidad i de su patria, esta hermana predilecta de cada cual en la gran familia humana, el puesto de talento secundario. No es solo la luz de los planetas la que alumbra i fecundiza nuestro globo; sus satélites le envían tambien sus resplandores, su calor i su luz, contribuyendo al desarrollo magnífico de la creacion. El orgullo debe, pues, dejarse a un lado cuando se trata de entrar como labrador en el fecundo i elevado campo de la inteligencia, porque todo esfuerzo, toda tentativa hecha para enriquecer la mas brillante herencia del ser nacional, recibe las mas veces del mundo su merecida recompensa.

Tambien nosotros, como muchos, hemos arrojado a veces la pluma con el invencible desaliento del desengaño; tambien, en medio del trabajo, hemos creído divisar la sardónica sonrisa de una sociedad a quien egoísta i apática se ha hecho casi una costumbre el apellidar; pero despues hemos querido profundizar las causas que helaban nuestro entusiasmo, nos hemos acercado para divisar esa sonrisa i percibir mejor la hiel de su sarcasmo: nuestra indagacion, lejos de traernos desaliento, ha vigorizado nuevamente nuestra fé i, tratando de palpar mas de cerca, el egoísmo tan decantado de la sociedad, lo hemos visto

reducido en escasos i miserables círculos, que apenas merecen mencionarse, donde el soplo del materialismo o de la envidia ha apagado la llama divina del espíritu. Entonces hemos creído de nuevo en la eficacia de los esfuerzos secundarios, hemos encontrado muestras de aprobacion donde solo creímos cosechar indiferencia i desprecio i seguimos adelante nuestra humilde tarea, confiados en el porvenir i apoyados en el noble deseo de arrojar una piedra siquiera en los cimientos del inmenso edificio del progreso comun.

A las inquietas declamaciones de los que, sintiéndose con fuerza, abandonan la tarea culpando a la indiferencia de la sociedad, nosotros responderemos diciéndoles que busquen en su voluntad la enerjía que su propia indiferencia les roba i hallarán en el trabajo i la perseverancia su propio desengaño. Chile se encuentra ahora como esos campos que solo esperan la mano del cultivador para rendir frutos abundantes i sazonados; la civilizacion ha arrojado ya los cimientos que preparan la inteligencia: tened constancia i vereis convertirse en flores las que creiais zarzas i malezas. No es el aprecio por los trabajos literarios lo que falta, es la constancia i el entusiasmo de los que pueden cultivarlo.

El viejo mundo se nos dirá, nos envía las producciones de su mas cultivado espíritu i las fuerzas desmayan a la sola idea de luchar con su inmensa superioridad. Nuestras convicciones a este respecto, sin apoyarse en una presuncion pueril o desmedida, nos alejan de semejante temor. Nosotros creemos que la literatura no es un palenque donde cada campeón, para obtener los aplausos de los espectadores, necesita sobrepujar a los demas i terrasar al adversario con el bote de su lanza. En el campo pacífico del estudio, negamos que deba haber contendores i rivales: las inteligencias, por el contrario, se dan la mano para ayudarse en la empresa i el público acoge los ensayos de cada cual, apreciándolos tarde o temprano en lo que valen i animado las mas veces de induljencia por todo lo que es obra de los que han nacido en el mismo suelo. La desdeñosa apreciacion de alguno que solo se precie de leer libros de allende los mares, ademas de ser un juicio que por su peso a nadie arredra, merece mirarse como una opinion aislada i no como la fórmula del sentimiento social. A ménos de ser un libro cuya comprension demande conocimientos previos i especiales, las producciones de amena literatura encuentran en nuestros círculos ilustrados una acogida benévola i cordial.

En el dominio de las letras, sobre todo, nunca las sociedades han tenido que buscar a sus trovadores o novelistas, sino que éstos han debido inspirarles, por sus trabajos, el gusto por tan hermosa ocupacion del espíritu. Desde los cantos informes de algun oscuro bardo del Egipto, que buscara su inspiracion en las misteriosas leyendas de la civilizacion

primitiva, hasta los que en nuestros días han marcado con su jénio una época en el catálogo grandioso de los siglos, no creemos que ninguno haya esperado que la sociedad a quien iba a dirigirse, fuese un juez competente para apreciar las obras de su ingenio. Todos ellos, por el contrario, han hecho resonar su voz en medio de sociedades que no se hallaban preparadas para oírlas, salvando las épocas modernas solamente, i esas sociedades, las mas veces, han escuchado su voz, alentando sus empeños.

Entre nosotros, además, la crítica ha perdido sus mordaces i punzantes sarcasmos, que en tiempos no lejanos, desplegara contra todo el que pretendía dar un paso en la vía literaria: los escasos juicios que en los últimos tiempos ha producido nuestra prensa, en análisis de obras nacionales, han llevado el sello de la jenerosidad i del buen criterio reconociendo el mérito i atenuando con induljencia los defectos.

Nada se opone, pues, a que todos los que sienten el noble deseo de emplear su pluma al servicio del porvenir literario de Chile, ensayen sus fuerzas en favor del cultivo social al que todos deben su parte en la esfera de sus alcances, sin retraerse jamás por la modestia de la ofrenda, o la pequeñez del impulso que sean capaces de dar a las conquistas de la civilización, por medio de la poderosa palanca de las letras. Siendo nueva, además, nuestra sociedad, la misión de los escritores del día es echar los cimientos de un edificio que mas diestros artifices, después, vendrán a enriquecer i a completar. Las sociedades americanas en jeneral, i la chilena entre ellas, no han llegado aun, en punto a cultura literaria i científica, a esa especie de saciedad que parece al presente aquejar a los grandes mundos europeos. El espíritu de los pueblos jóvenes se alimenta con mas sencillas producciones que el ya gastado de las naciones que han vivido mucho de la vida intelectual; entre nosotros puede ser nuevo lo que solo arrancaría al refinamiento de aquellos pueblos, una fria mirada de compasiva indiferencia. En América, pues, suelo pobre aun de notabilidades literarias, puede reclamarse mejor que en cualquier punto de Europa la consideracion i el apoyo para los talentos secundarios: de ese modesto círculo, bien podría mas tarde adelantarse el hombre en cuya frente el dedo de Dios hubiese estampado el sello resplandeciente del jénio.

Pedir, por otra parte, a nuestra naciente literatura una completa orijinalidad, es exigir la agilidad del adulto al niño que empieza a dar sus primeros pasos apoyado en el brazo de su madre. Aspirar a obtener esa orijinalidad ántes que el estudio haya madurado las dotes naturales de la intelijencia, es presumir mui alto, sin razones para ello, i olvidarse de que todo ha menester de un principio para alcanzar después al perfeccionamiento deseado. La

marcha progresiva de la civilización a travez de los tiempos i de las naciones, nos manifiesta que cada pueblo ha recibido de otro las primeras bases de su futuro progreso i que esa civilización en su paso ha ido enriqueciéndose con lo que cada raza ha podido legarle después de recibirla de otros climas. En esa marcha colosal emprendida desde la India (la primera cuna de las ideas puestas al servicio del progreso) a las ardientes rejiones del Ejipto, de allí a Fenicia, de ésta a la Grecia, i de la Grecia a la Italia, que envió sus irradiaciones a todos los puntos de la Europa, ningún pueblo ha desdeñado los beneficios de las luces por no haber tenido oríjen en su seno. Lo que se observa de la civilización en jeneral, puede aplicarse a la literatura, esta espresion mas avanzada de la cultura social. Nosotros, al recibirla de Europa, no debemos desmayar porque parezca haber llegado a su apojeio; talvez la América está llamada a enriquecerla, siguiendo la lei que la historia puede atribuir a la naturaleza. La orijinalidad, además, no es obra de unos cuantos años ni de una sola jeneracion; siendo una espresion del perfeccionamiento jeneral, debe formarse de los adelantos progresivos de las jeneraciones que van sucediéndose, las que buscarán su inspiracion en su clima, sus costumbres i su suelo, dándole necesariamente la nueva forma que ha de constituir su ser con la marcha de los tiempos.

Volveremos a repetirlo: lo que se opone, entre nosotros al desarrollo literario, es principalmente la propia apatía de los que pueden ayudarlo. Si le falta el impulso de estraños auxilios que pudieran vigorizarla en su marcha, punto que aquí no tocaremos, esos auxilios pueden conquistarse, estamos ciertos, con la perseverancia i el estudio de los que inician la obra, animados de desprendimiento i buena voluntad. Si la vida material está ceñida a los estrechos límites fijados por la naturaleza, la vida intelectual no reconoce término ni valla, por que no pertenece al hombre aislado sino a la humanidad, su savia es la herencia de los pueblos. Qué importa que después del trabajo los resultados sean modestos i oscuros: valdrán al menos una ofrenda que habremos depositado en el altar de la civilización i que será recojida por todos los que crean con sinceridad en la grandeza del porvenir!

Mayo de 1859.

ALBERTO BLEST GANA.

La brisa.

Nuestra vida se desliza
Cual la brisa
Sobre las olas del mar,
Pues que siempre vá corriendo
Removiendo
Nuestra dicha sin cesar.
I cual ella no nos deja